# El Significado del Movimiento de los «Hermanos»

LITERATURA BIBLICA
TANGER

# EL SIGNIFICADO DEL MOVIMIENTO DE LOS «HERMANOS»

LITERATURA BIBLICA
TANGER

# INTRODUCCION

*Pensamos que las siguientes líneas precisan unas palabras de introducción que fijen o aclaren nuestra intención.*

*Se acentúa de día en día la necesidad de una visión clara de los principios que rigen (o deben regir) nuestras asambleas, para que sepamos claramente cuáles son «nuestros principios» y obremos en consecuencia.*

*Sabemos que la expresión "nuestros principios" no es del agrado de todos; pero nosotros lo aceptamos y usamos, no para marcar un sector en el ambiente evangélico (que pudiera tomar para algunos un colorido de "secta") sino para destacar aquellas verdades de la Palabra Inspirada que nos obligan a una obediencia y fidelidad, quedando como directrices en nuestra vida y en la de la iglesia. Lo que de ninguna manera hacemos al hablar de "nuestros principios" es delinear campos levantando empalizadas; declaramos sencillamente* una determinación y posición tomadas. *Si los llamamos "nuestros", no es porque nosotros los hayamos elaborado, sino que señalamos enseñanzas bíblicas que hemos querido asimilar y practicar. Y si los llamamos "principios" es porque en su calidad de verdades fundamentales, las hemos tomado como directrices o normas. Y aún más: nos sentimos com-*

*prometidos a su obediencia y a mantenerlas inalterables. A esto van encaminadas precisamente estas líneas (si bien muy brevemente), y ello, con un agradecimiento pleno a aquellos que, dejando sus tierras, vinieron a las nuestras y, laborando en obediencia al Señor, nos dejaron, no lo peculiar de su país, sino el rico tesoro de unas normas fieles a la Palabra Divina.*

*Y ahora advertiremos cuál es nuestra idea con respecto a una palabra que el lector hallará muy repetida y que tal vez pudiera extrañarle: es la palabra "carnal". El sentido en que lo usamos es cabalmente el de las Sagradas Escrituras y no el que vulgarmente se le suele dar. Entendemos por "cristiano carnal" el que, en vez de guiarse por el Espíritu, vive, razona y actúa según el "hombre natural"; el que se rige no por el Espíritu, sino por su propio "yo", y esto sin que se den en él los pecados groseros de la carne.*

*Finalmente, el hecho de que hayamos enfocado el tema desde el punto de vista de DESVIACIONES no tiene la finalidad, como suele decirse, de "sacar faltas a relucir", sino evidenciar peligros que bien pudiera haber, que sin darnos cuenta, nos viéramos de pronto bien adentrados en ellos. Así pues, hemos querido afianzar el "principio" señalando posibles "desviaciones", con vista a la gran bendición de* vivirlos y mantenerlos inalterables.

AUDELINO GONZÁLEZ VILLA,
JUAN FEDERICO DOMINGO,
M. SAN LEÓN HERRERAS



## INTRODUCCION HISTORICA

La importancia del movimiento espiritual denominado comúnmente «de los Hermanos» estriba en el esfuerzo realizado por muchos hombres de Dios para volver, de una forma lógica y completa, al patrón del Nuevo Testamento. Los éxitos logrados han dependido siempre de la medida en que este ideal se ha realizado; y los fracasos surgen de las *desviaciones de la norma bíblica y apostólica.*

De paso, debiéramos advertir que las iglesias, fruto de este movimiento, no se han organizado nunca en una «denominación» que pretenda arrogar para sí en exclusiva el precioso nombre de «hermanos», que es patrimonio de todos los verdaderos creyentes en Cristo Jesús, sino que, al ser tan corriente entre ellos el trato familiar de «hermano» en los primeros tiempos, se les pegó el término, digámoslo así, como mote, medio burlón, medio cariñoso, y hoy día se ha hecho tan común en los círculos evangélicos designarles así, que es difícil, y hasta artificioso e irreal, rehusar su empleo, siquiera sea «entre comillas», para expresarnos con claridad. Nos conocemos por la comunidad de doctrina y de práctica, pero nunca quisiéramos que este «reconocimiento» nos separara (puesto que no nos separa) de una comunión efectiva con otros queridos hermanos, sanos en la FE, y tan

miembros del Cuerpo Místico de Cristo como nosotros mismos.

Cuando los primeros «Hermanos» empezaron a reunirse en la ciudad de Dublin, por el año 1828, lo hicieron impelidos por aquellas verdades que tan claramente habían hallado en la lectura, meditación y estudio de las Sagradas Escrituras. El afán de estudio entre aquellos primeros «Hermanos» era realmente notable, e iba unido a una gran devoción de espíritu y de una separación completa del mundo. Entre aquellas verdades de primer orden que hallaron en las Escrituras están las siguientes:

1) La Unidad Espiritual de toda la Iglesia, *constituída ésta por todos los verdaderos creyentes en Cristo Jesús,* por encima de toda barrera denominacional.

2) La necesidad ineludible de *volver de nuevo a las Escrituras* con el intento espiritual de librarse de los prejuicios denominacionales, y hasta de prácticas que habían llegado a ser «sagradas» en los grupos históricos del protestantismo surgidos de la Reforma del siglo XVI.

3) El renovado estudio de pasajes como 1.ª Corintios caps. 12 a 14, Romanos cap. 12, 1.ª Pedro 4:10-11, etc., juntamente con la consideración detenida de las prácticas apostólicas reseñadas en el Libro de los Hechos y en varios otros escritos del Nuevo Testamento, les enseñó que el ministerio cristiano no se limitaba a hombres que habían cursado ciertos estudios teológicos, siendo luego «ordenados» dentro de sus distintas iglesias, sino que, bíblicamente, *dependía de los "carismas" o "dones" del Espíritu Santo, que EL repartía soberanamente.* Estos dones podían cultivarse por el estudio de la Palabra Santa, por el uso o ejercicio, por la guía de otros hermanos y por la oración; pero jamás podían conseguirse o «elaborarse» por medios humanos.



4) El hecho de que la palabra «Iglesia» (griego: ekklesia) se emplea *únicamente en dos sentidos* en el Nuevo Testamento, bien para referirse a la Iglesia espiritual y universal, compuesta de toda alma regenerada por el Espíritu de Dios, o bien para denotar su expresión local en determinado lugar, es decir la iglesia local, les fué razón para rehusar reconocer como «Iglesias» las agrupaciones de iglesias locales bajo banderas nacionales o denominacionales, e igualmente rehusaron *organizarse en una confederación bajo una dirección central,* fuera de la forma que fuese. Eso no excluía, naturalmente, una efectiva comunión fraternal ni «conferencias» entre varias iglesias con fines de edificación mutua, de enseñanza bíblica, o para consulta sobre cuestiones de prácticas.

5) Tenían en cuenta la importancia que la Iglesia de los tiempos apostólicos concedía al acto del «Partimiento del Pan» («Cena del Señor» o «Mesa del Señor») y daban primacía en sus reuniones a este mandato del Señor, con *libertad de ministerio espiritual y énfasis sobre la adoración.*

6) No por eso descuidaban *la Evangelización,* y, según la tradición recogida ampliamente por los «Hermanos abiertos», predicaban el Evangelio con nuevo poder, interesándose también en las regiones sin evangelizar de ultramar.

7) Huelga decir que daban muchísima importancia al ministerio profundo de la Palabra *por siervos*

*dotados y preparados para esta labor fundamental,* manteniendo a la vez una fidelidad acendrada de doctrina e interesándose especialmente en la tipología y los estudios proféticos.

8) Como resultado de estos estudios vivían en la esperanza de la Segunda venida del Señor, *lo que servía de poderoso acicate para una vida de abnegado servicio y de separación del mundo.*

Escribimos estas líneas cuando el «movimiento» se ha extendido en mayor o menor grado por las cinco partes del mundo, y los principios y las prácticas que hemos señalado se han visto sometidos a pruebas muy duras. Ya que escribimos para «hermanos abiertos» no hemos de historiar «divisiones», sino notar que, a nuestro ver, los «Hermanos exclusivistas» o «cerrados» dejaron el principio esencial de la autonomía espiritual de las iglesias locales, como también aquel otro, de importancia fundamental, de recibir a la «Mesa del Señor» a todos los miembros de la Iglesia Universal sobre la base de *su vida en Cristo* (manifestada por un buen testimonio en general) y no según el grado de luz que tuvieran sobre una posición eclesiástica determinada o sobre puntos doctrinales de importancia secundaria. Los «abiertos» han visto siempre que el bautismo por inmersión, de creyentes que han dado una buena confesión de fe, es una práctica novotestamentaria, mientras los «cerrados» han aumentado aún más la confusión reinante en los círculos evangélicos sobre este asunto. Además han sido más bien flojos en la labor de evangelización y en el esfuerzo misionero, a pesar de la «Gran Comisión» que el Señor dió a los suyos. Los «abiertos» siguen



las instrucciones apostólicas sobre el gobierno de la iglesia por hombres probados llamados «ancianos», lo que rehusan hacer los «cerrados» por razones bien nebulosas.

## FUNDANDO ASAMBLEAS EN ESPAÑA

En los tiempos de Isabel II, antes de llegarse a legislar una mínima libertad o tolerancia religiosa, Roberto Chapman, un conocido siervo de Dios que residía habitualmente en Barnstaple (Inglaterra), se sintió llamado por el Señor para realizar una serie de viajes de «exploración espiritual» por España. Animados por él, los Sres. Lawrence y Gould habían fijado ya su residencia en España, aun antes de haberse proclamado la libertad religiosa, como consecuencia de la revolución del 68. Pronto hubo otros queridos hermanos que siguieron el ejemplo de estos primeros pioneros, y así fué posible, gracias a esta visión, fundar asambleas en Barcelona y Madrid durante el breve período de libertad de los años 1868-1874. A la amplia y fecunda labor del Sr. Lawrence en Barcelona y región catalana se une muy pronto D. Enrique Payne, con labor inicial en Madrid. Viene luego la valiosa colaboración de sus hijos y D. Pedro Rubio. La obra en Madrid, con sus escuelas evangélicas, deben mucho a los trabajos de D. Alberto Fenn y Don Carlos Faithful, seguidos por Don Tomás Rhodes.

La primera etapa de la obra en el Noroeste de España, descontando aquellos primeros viajes de D. Roberto Chapman, se debe a los siervos del Señor, Don Tomás Blamire y D. Jaime Wigstone con la inmediata

colaboración de D. Jorge Spooner, quienes desarrollan, casi siempre frente a una cruda persecución, una intensa labor en la región, dando por resultado la formación de numerosos grupos de creyentes e iglesias. Así queda establecida la obra en La Coruña el año 1875, el 78 en Vigo y el 82 en Marín, después de una labor comenzada en Pontevedra por el Sr. Blamire. En 1879 fija su residencia en El Ferrol D. Jorge Spooner, donde había habido una obra Bautista que se inició el 77 y que solamente duró dos años. El Sr. Spooner residió allí hasta el 84. Más tarde aporta su ayuda valiosa D. Jorge Chesterman con visitas desde La Coruña, donde residía desde el año 1880. El Sr. Wigstone traslada sus actividades a Andalucía (Linares) en 1885 dejando en Vigo a D. Benjamín Smith, que le acompañaba en sus trabajos desde el año anterior. En 1902 es encarcelado el marino José Graña, cuya fidelidad impresiona al Teniente Coronel D. Juan Labrador (ya creyente) y le lleva a una manifestación más clara y consagrada de su fe. Hay otros oficiales que declaran asimismo su fe y entonces, en 1905, procedentes de Andalucía, donde trabajaban desde 1891, llegan D. Jorge Davis y su esposa y se abre un hermoso local para la predicación del Evangelio.

Es en 1876 que inician sus trabajos en León los Sres. Hoyle, donde continúan por 13 años, trasladándose en el 89 a Vigo donde se les une D. Enrique Turrall. Ambos intentan abrir obra en Santa Eugenia, en 1892, lo cual impide un fanatismo exacerbado. La obra deriva a Carreira a donde llegan en 1908 los Sres. Condé, procedentes de Santo Tomé donde



quedaron D. Benjamín White y su esposa. Después de intensa lucha y sufrimientos se logra afianzar en Carreira una floreciente iglesia que levanta e inaugura un hermoso edificio en el año 1912.

Ya en 1898 hallamos en Valladolid un grupo de siete misioneros con labor en la ciudad, pueblos cercanos y lugares en la prov. de Zamora. Pronto algunos de ellos pasan a otros campos de trabajo, quedando en la ciudad los Sres. Gray, quienes fundarán más tarde el Colegio Evangélico, clausurado en 1936 por las Autoridades. Cuando llegamos al 1900, tenemos laborando en la Obra del Señor 25 misioneros, 18 de ellos con sus esposas, y 13 misioneras; un total de 56 obreros que junto con algunos españoles, colportores entre ellos, van roturando el campo, creando grupos de creyentes y estableciendo iglesias locales regidas por el patrón del Nuevo Testamento, no sin tener que afrontar serios peligros y duras persecuciones. Así el mapa de la Evangelización nos presenta ya por aquellas fechas labor principalmente en Barcelona y Madrid, Cartagena, prov. de Jaén, Valladolid, León y prov. de Zamora y numerosos puntos en Galicia, con las hermosas Capillas de Marín y Vigo inauguradas y sus colegios establecidos, al igual que en Madrid.

Huelga decir que todo esto, a pesar del espacio que ocupa, es apenas una débil pincelada de la Obra que desde el 68 se ha venido desarrollando en nuestro país. Sólo hemos procurado dar una idea de cómo se iniciaron los trabajos en algunos campos y así falta la mayoría de los nombres de obreros del país (y no del país) que trabajaron en ellos con celo ejem-

plar y sacrificios que no debería olvidarse. Como entre paréntesis hemos de decir que una reseña (si no una historia) más completa de la maravillosa obra realizada en el campo de los «Hermanos» es otra de las cosas que hace tiempo se está necesitando. El número de almas ganadas desde entonces ha sido muy considerable, si bien una buena parte del fruto de estos abnegados trabajos es ha perdido para España (especialmente en tierras de Galicia) debido a la constante «sangría» de la emigración.

## EL EXITO DEL MOVIMIENTO

Obviamente, un movimiento que prescinde del andamiaje normal de «Iglesias» y «denominaciones» (es decir, de las interpretaciones bíblicas resumidas en credos, las organizaciones sobre la base de reglamentos escritos, aceptados por los miembros, de toda jerarquía que no sea la espiritual, de un ministerio reconocido por formas externas) *sólo puede funcionar perfectamente cuando abundan los guías espirituales capaces de alimentar bien al rebaño, y cuyo "peso específico", o autoridad e influencia moral, pueden controlar los abusos que pudieran surgir de la ignorancia y de la carnalidad.* Los mejores momentos han sido maravillosos, experimentándose una reproducción de bendiciones apostólicas. En cambio, los peores momentos han sido desastrosos. Pero, en general, se ha mantenido una vitalidad espiritual, alimentada de un evangelismo intrépido, un alto nivel de testimonio personal y del acercamiento a las Escrituras, que contrasta evidentemente con la frialdad y mundanalidad de «iglesias» que pueden disimular su falta de «vida» tras la fachada de su organización y jerarquía. Los principios no pueden ser mejores, ya que el «Libro de Texto» es el Nuevo Testamento, y los fracasos, si surgen, no vienen de los *principios,* sino del apartamiento de ellos, bien sea en la letra o bien en el espíritu.



## DESVIACIONES PELIGROSAS

Quienes suscriben estas líneas quisieran llamar la atención de los hermanos de las Asambleas en España al peligro que pudiera darse de ciertas «desviaciones», no tanto en las *normas* de los «Hermanos» sino de los *principios* fundamentales del Nuevo Testamento, que son los que dan valor a tales normas. Es indudable que no todas estas «desviaciones» se observan en todas las iglesias del país en una época dada, lo cual significaría la ruina total del testimonio. Las 50 ó 60 asambleas se hallan diseminadas a través de las distintas regiones, cada grupo con una historia distinta, y por ello con diferentes «tradiciones» locales, de modo que los peligros varían según la región y las circunstancias, pero el lector atento podrá discernir el peligro más común o inmediato que pudiera surgir en las esferas que mejor conoce.

Quizá la «desviación» más peligrosa de todas, es *la actitud de indiferencia frente a toda cuestión de "principios"* cuando se trata de ordenar la iglesia local según la Palabra de Dios: «Somos evangélicos es-

pañoles — dicen algunos — y en nuestra iglesia siempre hemos hecho esto u lo otro, y con tal que prediquemos el Evangelio y las almas se salven, ¿qué más da?». Esto es tan peligroso como lo sería levantar una barriada de casas, o un gran edificio, sin consultar a arquitecto o ingeniero alguno y seguir adelante menospreciando planos y planes. Pero el asunto se hace más grave cuando, como en el asunto que tratamos, el Arquitecto despreciado no es otro sino el Señor de la Iglesia operando por su Espíritu en la Palabra. Cambiando el símil, el intento de seguir adelante con una extensa obra de Dios sin preocuparnos por las directrices establecidas por quienes nos precedieron (en cuanto ellos seguían las normas de la Palabra) es como separar un árbol de sus raíces exclamando: «El árbol ya es grande, ya puede subsistir sin aquellas raíces que antes lo nutrían y sustentaban».

Pasando al detalle, llamaremos la atención del lector a los puntos siguientes:

1) DESVIACION EN CUANTO AL APRECIO DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS O SU ESTUDIO. En días antiguos los «hermanos» eran «los hombres del Libro»; tenían casi todos ellos, en la medida de su capacidad, un conocimiento exacto y profundo de su contenido. Solamente así se pudo llegar, en el terreno de la evangelización y formación de iglesias (y también en el sufrimiento) a donde se llegó; e interesa que ese alto nivel de conocimiento de la Palabra que nos caracterizó en los días pasados no descienda en los que vivimos. No es suficiente re-



conocer lo maravilloso que es la Biblia y luego cantar sus alabanzas; es necesario que, al hacerlo, obremos en consecuencia y nos dispongamos a invertir el tiempo y esfuerzo necesarios para adquirir aquellos conocimientos indispensables para el debido desarrollo de nuestra vida espiritual y el ministerio de la Palabra en la Iglesia. No basta el deleite de pasajes favoritos y dejar para una lectura superficial, inconexa y muy ocasional lo restante. Pablo les dice a los ancianos de Efeso: «No he rehuído de anunciaros *todo el consejo de Dios*. Por tanto mirad por vosotros y por todo el rebaño»... (Hech. 20:27). Lo que vemos aquí es sencillamente que Pablo había mantenido en su ministerio un alto nivel de enseñanza y amonestaba para que dicho nivel continuase, como único medio de librar al rebaño de los peligros de fuera y de los peligros de dentro. Casi vemos idéntico pensamiento años después al escribirles desde Roma (Efe. 1:15-17). Alaba su fe y su amor fraternal y pide que sean llenos de conocimiento. Debemos procurar con seriedad y ahinco que ni en el ministerio de la Palabra en la iglesia, ni aun en conversaciones particulares, se expongan ideas erróneas o equivocadas de la maravillosa revelación que la Palabra del Señor nos presenta. En ello está nuestra mayor bendición y, afinando la nota diremos, nuestra misma razón de ser.

2) DESVIACIONES EN CUANTO AL MINISTERIO DE LA PALABRA. Ya hemos señalado que el principio básico referente al ministerio de la Palabra es la autoridad del Espíritu Santo quien re-

parte soberanamente *sus dones,* vitalizando la voluntad y el esfuerzo del siervo. Todos los miembros del cuerpo de Cristo tienen algún don, o dones, que pueden utilizar para el bien de todos y para la gloria de Dios (1.ª Cor. 12 : 12). Pero esto no quiere decir que todos estén capacitados para el ministerio público de la Palabra, ni para el gobierno espiritual de la iglesia. Para estos efectos, el Señor de la iglesia ha concedido «dones» especiales (personas en este caso) para que éstos ayuden a los demás a funcionar en su esfera y lugar propio según su capacidad, como se destaca claramente de una traducción exacta de Efe. 4 : 11-12. «El, Cristo, dió a unos como apóstoles, a otros como profetas, a otros como evangelistas, a otros como pastores y maestros, *a fin de perfeccionar a los santos para una obra de servicio,* para edificación del cuerpo de Cristo» (Vers. Hisp. Am.).

Los buenos «obispos» o «sobreveedores», conscientes de su misión, estarán siempre alerta con el fin de reconocer y levantar dones en la iglesia, cuidando de que todos sirvan conforme a su capacidad y preparación ; pero un verdadero ministro de la Palabra es aquel que, como los apóstoles, se dedica continuamente «a la oración y al ministerio de la Palabra» (Hech. 6 : 4) pasando sus centenares o miles de horas con las Sagradas Escrituras en el Santuario, buscando además el auxilio de los «maestros» que le han precedido (dones especiales a la iglesia) y cuyos estudios y meditaciones han quedado plasmados en sus libros.

No es otra cosa sino mera confusión carnal torcer el hermoso principio de la libertad del Espíritu en



el anárquico libertinaje que declara : «Todos somos iguales, y a todos nosotros nos toca hablar en público». Muy al contrario, pues el Evangelio ha de predicarse por hermanos que han recibido el don o «carisma» de «evangelista». De la misma manera, las exhortaciones han de darse por quienes pueden «exhortar» eficazmente sobre la base de un testimonio intachable y un conocimiento (adquirido por la meditación de las Escrituras) de lo que es la voluntad de Dios para los hermanos en las variadas circunstancias de la vida. Y la enseñanza se ha de trasmitir por aquellos que son «enseñados» ellos mismos en la Palabra (Rom. 12 : 3-8). Nadie puede «hablar por el Espíritu» si desconoce lo que el Espíritu mismo ya ha dado a la Iglesia en el LIBRO del cual EL mismo es el Autor.

3) DESVIACION EN EL APRECIO DEL «CARGO» DE «ANCIANO». Ningún miembro en las asambleas o iglesias debería ignorar que «anciano», «pastor» y «sobreveedor» (u «obispo» en la Vers. Reina Valera) son términos que indican diferentes aspectos de una misma función o de un mismo ministerio (compárese Hechos 20 : 17 con el v. 28). Y es más importante todavía entender que el «cargo» sin la «obra» es nulo a los ojos de Dios y a los efectos de bendición real en la iglesia. De hecho, el Nuevo Testamento dice muy poco de «cargos» pero mucho de «servicios». Es muy conveniente que el «anciano» sea reconocido en la iglesia donde ministra, pero exclusivamente sobre *la base de la obra o labor que ya viene realizando, juntamente con un testimo-*

*nio intachable* que esté a la vista de todos. De hecho, la palabra «obispo» en 1.ª Tim. 3:1 quiere decir «*obra de sobreveedor*» y ésta ha de ejercerse por personas que cumplan las condiciones específicas en los versículos siguientes. Y a nada bueno conduce el pasarlas por alto. De no darse, la labor de «pastor» queda en el aire, no tiene base.

Estamos frente a una peligrosa y fatal «desviación» cuando «ancianos» consideran que su posición o cargo les confiere una dignidad y autoridad *de señorío* sobre el rebaño y que pueden llevar adelante (o atrás) los asuntos de una iglesia tal como si formaran la directiva de una entidad comercial. Dicha tendencia convierte una sagrada «obra espirtiual» en el ejercicio de un «cargo carnal». No hemos de olvidarnos jamás de que «anciano» quiere decir uno que es notable por su madurez espiritual, adquirida en la escuela de Cristo y en contacto con la Palabra. Que «obispo» o «sobreveedor» es uno que procura mirar los asuntos de la iglesia, y a los miembros de ella, con los ojos de Cristo. Y un «pastor» es aquel que se preocupa por dar los buenos pastos de la Palabra al rebaño, ayudándoles individualmente conforme a la misma Palabra, y no según unas «buenas intenciones» o humanos pareceres. Primero es ser hombre de Dios y de la Palabra, y luego ser «anciano-sobreveedor-pastor». Es lamentable cuando los sagrados intereses de la congregación que Cristo compró con su sangre se «despachan» según criterios personales y humanos, con poca oración y menos estudio de la Palabra, siendo éstos los medios imprescindibles para



averiguar lo que quiere el Gran Pastor de las ovejas en cada caso.

4) DESVIACIONES EN CUANTO AL CONCEPTO DE DEMOCRACIA EN LAS IGLESIAS. La palabra «democracia» quiere decir: «el gobierno de una comunidad por medio de la intervención directa o indirecta de todos sus miembros». Para algunos evangélicos la iglesia democrática es un ideal muy aceptable, precisamente por el contraste que presenta con la autoridad jerarquizada de la Iglesia de Roma. Según esta idea, es la iglesia en su masa o totalidad quien marca pauta a la guía y gobierno de la congregación por medio de votaciones, y, consecuentemente, llega a hablarse de la «iglesia soberana». Sin embargo tal teoría dista mucho de concordar con la Sagrada Escritura. Por ella vemos que el gobierno y señorío de la Iglesia corresponde a la Cabeza, Cristo Jesús, quien precisamente «para esto murió, y resucitó, y volvió a vivir, *para ser Señor*» (Rom. 14:9). Según un pasaje ya citado es El que, «subiendo a lo alto, dió dones a los hombres... a fin de perfeccionar a los santos para una obra de servicio, para edificación del cuerpo de Cristo»... (Efe. 4:7-16). La enseñanza es clarísima: no es el rebaño quien entrega una autoridad o poder a quienes le pastorean, sino el Príncipe de los Pastores quien concede a determinados siervos suyos un ministerio que éstos han de cumplir bajo la soberana voluntad de su Señor, en el poder del Espíritu y a la luz de la Palabra. Y «no como teniendo señorío sobre las heredades del Señor, sino siendo dechados de la grey» (1.ª Ped. 5:

1-4). Conforme a este principio esencialísimo y fundamental, toda autoridad espiritual tiene su origen «arriba» en el Cielo, desde donde «desciende» sobre los hombres que se someten a las leyes divinas. En cambio, toda autoridad carnal surge de «abajo», de las «masas», en las cuales, en último término, aun los dictadores han de apoyarse.

En cuanto a las votaciones, queda patente que el voto de un creyente carnal vale tanto como el de un espiritual, y el de un ignorante de las Escrituras como el del conocedor de ellas. Es una realidad palpable que no todos los creyentes alcanzan un nivel o desarrollo de vida espiritual deseable, como lo es también el hecho lamentable de la facilidad con que se dejan *"leudar"* las masas. Si llegase a fallar la autoridad de los «ancianos reconocidos», las decisiones de la iglesia, en último termino, si las circunstancias llevaren a ello, debe corresponder (y diríamos ineludiblemente) al elemento sano y espiritual de ella, *al elemento fiel a la Palabra en práctica y doctrina.*

En vista de lo que antecede podría preguntar algún creyente: «Bien, reconozco lo espiritual y bíblico de estas enseñanzas, pero ¿cómo podré yo reconocer la autoridad espiritual en un caso concreto? ¿Qué pasará si algún hermano pretende haberla recibido sin que existan normas para juzgar de la realidad de sus pretensiones?». Tales problemas surgen indudablemente de la falta en las congregaciones de nucleos adecuados de hombres y mujeres enseñados en la Palabra, humildes y fervientes en espíritu, quienes tendrían discernimiento espiritual, y reconocerían la «voz» del verdadero «pastor», del verdadero «anciano». Con



todo, es imposible admitir la «solución facil» de la votación de las masas, ni la de la autoridad espúrea de jerarquías carnales, sino que volvemos a subrayar la necesidad de más y más meditación en la Palabra y más y más oración en el Espíritu, y la transcendencia que para una iglesia tiene el que la parte sana *no eluda responsabilidades*, retirandose a una actitud pasiva y dejando así un hueco que indudablemente llenarán los menos aptos y tal vez los «carnales». Es indispensable en las iglesias esos núcleos sanos *en una consagración activa.*

5) DESVIACIONES EN CUANTO AL CONCEPTO DE «OBRERO». Pablo lo consideraba perfectamente legítimo, y aún necesario, que hubiera obreros en la Viña del Señor que viviesen del Evangelio (Compárese atentamente 1.ª Cor. 9:7-14 con 16:15 etc.) bien que, comparando Escrituras, resulta claro que su «salario» no ha de ser un «sueldo fijo», sino una ayuda voluntaria que las iglesias y hermanos les pasan libremente, mientras que los siervos miran al Señor para su dirección y sostén.

La obra de un siervo de Dios que se siente llamado a dejar sus ocupaciones normales, y cuya iglesia se asocia con él en tal paso, puede ser muy variada, y se les ve en el Nuevo Testamento o predicando el Evangelio en nuevos distritos con el intento de formar iglesias locales, o visitando y ayudando a iglesias ya formadas, o «ministrando a los santos» en una iglesia dada. Lo importante del caso, cuando surge la cuestión de la «encomendación», es que la obra sea de tal calidad que no pueda realizarse por personas

que se hallen sujetas a sus ocupaciones normales, y que sirva o para abrir nuevas puertas para el Evangelio, o para levantar dones; es decir, la «libertad» del obrero ha de servir para adelantar positivamente el reino de Dios.

Hay asambleas que, creyéndose suficientes (que podría ser una suficiencia carnal) desestiman o renuncian a la ayuda que siervos de Dios podrían prestarles por períodos más o menos prolongados, mientras que hay otras que hacen del obrero «su pastor», esperando que realice él todo el trabajo, o casi todo, eximiéndoles así de la necesidad de desarrollar sus dones o de sentir sus responsabilidades como miembros activos del «Cuerpo». Ambos extremos son peligrosas «desviaciones» del modelo del Nuevo Testamento, y requieren un examen de conciencia a la luz de la Palabra de Dios.

6) DESVIACIONES HACIA NACIONALISMOS Y REGIONALISMOS. Estos suelen llevarnos a un terreno resbaladizo y peligroso cuando se trata de iglesias de Cristo. Los sentimientos de Patria — grande y chica — nos son tan caros, naturales y arraigados, que operan como poderoso imán que puede llevarnos y retenernos en posiciones contrarias al espíritu cristiano. Siempre resultará peligroso limitar el alcance y transcendencia de la declaración del Maestro a los suyos: «No sois del mundo, como tampoco Yo soy del mundo» y aquella otra ante Pilatos: «Mi Reino no es de este mundo». Ya en el «Sermón del Monte» Cristo había hecho patente que los principios y normas de su Reino eran totalmente distintos y con-



trapuestos a los reinos de este mundo y a la manera cómo el hombre natural enfoca la vida. Pues bien, estas enseñanzas del Señor hallan un amplio y repetido eco en las Epístolas en relación con su Iglesia.

Las cosas del César no pueden mezclarse con las «cosas de Dios», de modo que erramos cuando permitimos que «nacionalismos» o «regionalismos» se arraiguen en las iglesias de Dios. El error es aún mucho mayor cuando pasamos a dar carácter a las iglesias a base de tales nacionalismos y sentires regionalistas. Nación, región, cultura: todas tienen su razón de ser, y cumplen una misión propia y peculiar, pero transportarlas al plano de la Iglesia o de las iglesias es fatal.

Un ejemplo podrá aclarar nuestro pensamiento. Hemos oído de un matrimonio cristiano cuyo campo de trabajo fué primeramente Asia y luego Africa. De sus tres hijas, una nació en Inglaterra, otra en Asia y otra en Africa. ¿Quién podría pensar que la circunstancia de haber nacido cada una en un país distinto les hiciera extranjeras entre sí, siendo que eran una misma familia y formaban un mismo hogar? Una misma sangre corría por sus venas, tenían unos mismos padres y existía un vínculo sagrado que no sólo les unía entre sí sino que relegaba a un plano secundario la cuestión eventual del lugar en que habían nacido. *"Una fe, un Señor, un bautismo, un Dios y Padre"*, se le dice al pueblo y familia de Dios. ¿No es esto un vínculo más fuerte aún y más sagrado que el de la sangre? En la familia de Dios, en el pueblo de Dios, en la Obra de Dios, nadie puede mirar a su hermano como «extranjero». A lo menos, Dios no lo mira

así, y con frecuencia ha realizado su Obra en ciertos campos y «parcelas» precisamente con obreros nacidos en otros campos y distintos lugares. Sobre esta base se ha llevado a cabo toda la magnifica obra misionera a través de los siglos, pues ¿cómo podían ser evangelizados por «nacionales» campos completamente entenebrecidos cuando aún no había ningún hijo de Dios en ellos? La verdad es que el misionero es siervo de Dios trabaje donde trabaje y, hallándose en el campo del Señor, y ministre a quien ministre, lo está haciendo a *hermanos*. Y aquellos que tal favor reciben, ¿por qué han de pensar que lo reciben de manos extranjeras o extrañas? ¿Por qué se han de erigir las barreras «del César» en los dominios del Señor? La Iglesia ha escrito el maravilloso capítulo de las Misiones con amor, dolor y sacrificio, y no hemos de ensombrecerlo con cegueras, incomprensiones e ingratitudes, trayendo al seno de la familia de Dios la secuela funesta que tan manifiesta se da en los círculos del César.

Si algún sentimiento debe brotar ante la labor del misionero, es el del agradecimiento de hermano a hermano, y el de gratitud al Padre y Señor de la «Casa» quien ordena todas las cosas para su gloria y bendición nuestra. Los que hemos venido llamando misioneros no son más que hermanos desplazados del campo donde nacieron para laborar en otro campo, con el fin de hacernos participantes de los bienes de la gran familia, según sus dones, amor y consagración. «Lo extranjero» que se dé en ellos tiene que quedar de los umbrales para fuera; de los umbrales para dentro no hay más que una Familia, y en ella, un Padre a quien honrar, un Señor a quien servir, una Patria a quien amar y una ciudadanía que ennoblecer, y todo ello del Cielo. En las Escrituras leemos: «A todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados santos»; pero Pablo NO escribe «a los santos de la *iglesia romana*". Otra carta se dirige «a la iglesia de Dios que está en Corinto» pero nada se sabe de una "*iglesia corintia*". Los cristianos indudablemente eran romanos, corintios, gálatas, tesalonicenses, etc., pero las iglesias no lo eran, ni tampoco la familia. ¿Se podía llamar a Pablo «el misionero judío», levantando entre él y su obra una barrera o un abismo?... ¿O podían sus convertidos gentiles decirle: «Profeta, márchate a tu tierra, que la mayor edad se da ya en nosotros»? Es preciso que con más diligencia atendamos a las cosas a que hemos sido alzados, para que no nos deslicemos a corrientes de naufragio; para no olvidar las palabras del Maestro y Señor en su gran súplica al Padre: «Como Tú, oh Padre, en Mí, y Yo en Ti, que también ellos sean en nosotros una cosa» (Juan 17:21). He aquí la sagrada unión de la Familia; unión espiritual, vital y sagrada. Y lo que Dios unió, no lo separe el hombre, y lo que el Padre juntó, no lo separen los hijos...

7) DESVIACIONES EN CUANTO AL CONCEPTO DE «ORDEN» Y DE «AMOR». Esa lamentable ignorancia del texto de la Biblia lleva a bastantes hermanos a conceptos confusos en asuntos que son clarísimos en la Palabra. A veces, el mandato fundamental de «Amaros los unos a los otros», se olvida hasta tal punto que se pide o se aplica la «disciplina»

con un criterio de «castigo» sobre aquel que no esté conforme con las personas en autoridad, olvidándose que el verdadero pastor siempre ha de buscar la «restauración en amor». En cambio, hay otros hermanos que, alegando el mandamiento de amor, rehusan mantener el debido orden en la iglesia local, permitiendo pecados que manchan el testimonio de la Familia frente al mundo, en abierta contradicción a las claras indicaciones de 1.ª Corintios caps. 5 y 6, o tolerando anarquías que son incompatibles con la iglesia del Dios de orden y paz. El amor no ha de faltar jamás, pero el padre que mima y consiente a un hijo travieso porque «le quiere», da pruebas más bien de flojedad y de pereza, y va haciendo un daño irreparable en el ser que debiera criar para Dios. Así el amor y el buen orden no están reñidos, sino que se dan la mano, como en cualquier familia bien llevada en la sociedad humana.

8) DESVIACIONES EN LA APLICACION PERSONAL DE LA PALABRA. Pasamos aquí a un tema más bien personal, pero de hecho, los errores que hemos señalado surgen a menudo de una enseñanza equivocada o deficiente en la iglesia frente a las necesidades de cada uno de los creyentes, y esta deficiencia afecta de rechazo la salud espiritual de todo el «cuerpo». Los primeros «hermanos», como hemos visto, eran hombres notables por su devoción al Señor y a la Palabra Santa, al par que muy separados del mundo, siguiendo en ello los buenos modelos de la Iglesia primitiva. Quizá hubo cierta exageración en algunas cosas, pero hoy día estamos expuestos a una



reacción contraria y muy peligrosa. Todos los hermanos pretenden amar y seguir la Palabra, pero de hecho una buena parte de ella se va dejando lentamente a un lado, como algo «ideal», que no tiene mucha relación con la vida diaria. Hay poca preocupación por el tema de la santificación y la victoria sobre el pecado, y con falsa humildad se habla de «nuestra flaqueza», de «nuestra carne», para excusarse de probar siquiera la vida de la plenitud del Espíritu. Se lee con aprobación un tanto «teórica» que hemos de perdonarnos como Cristo nos perdonó, pero cuando se trata de una ofensa, imaginada o real, se suele contestar: «Fulano me hizo tal o cual cosa hace un año y no lo puedo olvidar». En otros casos el hermano admite generosamente que Cristo le compró con su sangre de valor infinito, pero inmediatamente se excusa de entregar al Dueño de su vida lo material que le ha sido confiado razonando: «Mi dinero es mío y lo necesito para tal o cual menester. ¿Por qué hablan tanto de dar para la Obra? Seguramente hay otros que pueden dar mejor que yo». Para tales hermanos es hermoso ser creyente con la esperanza de la vida eterna, pero inspira cierta repulsa la enseñanza sobre el «discipulado» que antepone a Cristo a *todas* las cosas de esta vida, y aún a toda relación humana. Se piensa que aquello era muy natural en los cristianos del primer siglo, pero que no puede significar lo mismo para nosotros.

Y finalmente anotemos que los «principios bíblicos» en cuanto a la congregación no pasarán de ser una cáscara vacía de contenido real si no hay un número creciente de hermanos y hermanas que procuren ha-

cer efectivo el significado de su bautismo en el curso de su vida diaria. En aquel sagrado acto significamos nuestra participación en la muerte y la resurrección de Cristo. Y la consecuencia lógica es que gimamos con Pablo: «¡A fin de conocerle, y la potencia de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, en conformidad a su muerte!» (Fil. 3:7-16, y 21). El pasaje es digno de una meditación seria en la presencia de Dios.

Audelino González Villa,
Juan Federico Domingo,
M. San León Herreras